



# Orientación educativa y prevención de la violencia: la diferencia sexual en la resolución de conflictos

| Mirar desde la diferencia |





### 3. Mirar desde la diferencia

Cuando terminamos el trabajo de investigación sobre los «papeles» o documentos de los centros educativos, centramos nuestra mirada en aquellos momentos donde la intervención de los Departamentos de Orientación nos parecía más necesaria y donde, al mismo tiempo, tuviera mayor incidencia cualitativa y cuantitativa para hacer visible la diferencia sexual y así mejorar la convivencia, prevenir la violencia e incidir en las prácticas del aula a través de las tutorías.

No teníamos trazado un proceso de cambio con objetivos a cumplir en tiempos determinados. Quizá porque nosotros también estábamos en proceso de cambio en el que íbamos avanzando a medida que profundizábamos en nuestra propia práctica y reflexionábamos sobre la de otras profesoras y profesores. Los datos de nuestra investigación coincidían, en general, con lo que cada cual estábamos viviendo en nuestros propios centros, aunque, a lo largo del proceso, vimos la necesidad de hacer un corte y pararnos, para poder nombrar así adecuadamente lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor y pensar desde cada cual sobre nuestra práctica, en vez de hacerlo desde fuera y hacia fuera. Dicho de otra forma contratar consigo cada cual para ver qué sentido tenía lo que tú y yo estábamos haciendo, qué estaba en mis manos, y qué en las tuyas, para hacer que la rutina se transformara en prácticas con sentido, o mejor, qué hacer o dejar de hacer para dar sentido a nuestra educación fuera y dentro del aula.

Estábamos de acuerdo en una cosa: difundir y experimentar algunas prácticas y experiencias que nos habían sorprendido gratamente. La lectura de los documentos nos había descubierto algunas brechas importantes y algunas formas de trabajar que, cuando tuvimos ocasión de hablar con las autoras y autores de las mismas, nos parecieron dignas de reconocimiento y de ser experimentadas en otros contextos. Y, a partir de esta relación, creció nuestro deseo de difundir estas experiencias y prácticas de profesoras y de algunos profesores de los centros con cuyos documentos habíamos trabajado y comprobar qué sucedería con su experimentación. En un primer momento soñábamos también con deshacer, o al menos dejar en evidencia, la doble estructura de funcionamiento o estructura paralela entre la Jefatura de Estudios y el Departamento de Orientación, en relación con la convivencia en los Institutos de Educación Secundaria, especialmente con el alumnado de la educación obligatoria; y además queríamos devolver (¿o era mejor dejarlas morir tal como estaban funcionando?) el sentido educativo a algunas decisiones y prácticas de obligado cumplimiento como la elección de delegados y delegadas<sup>4</sup> y la participación en las actividades extraescolares.

En este proceso de selección, de reflexión y de largas horas de diálogo, fuimos interrogándonos sobre lo divino y lo humano de nuestro trabajo. Nos pregunta-

<sup>4</sup> Los documentos legislativos del Ministerio, de la Comunidad de Madrid y los Reglamentos de Régimen Interior de los Institutos de Educación Secundaria, sólo hablan de delegados, pero la realidad de los centros evidencia que son más las delegadas que los delegados de clase.

mos sobre lo que pasa en la escuela; así en bruto y en general, definiendo que por escuela entendíamos cualquier espacio educativo reglado tanto de infantil, primaria, secundaria como de ciclos formativos o de enseñanza universitaria. Y nos perdíamos en las generalidades y en la abstracción. Y seguíamos haciendo preguntas como: ¿Qué sucede en las aulas?, ¿qué relaciones se establecen entre alumnas y alumnos entre sí y entre ellas y ellos y las profesoras y profesores?, ¿cómo se ve la educación desde fuera del recinto escolar?, ¿las profesoras y los profesores qué valoramos más en nuestro trabajo?, ¿tenemos los mismos valores y apreciamos de la misma manera el espacio y el tiempo de la educación?, ¿existe la violencia escolar?, pensamos también que los hombres que están matando a sus mujeres, una mujer por semana, antes habrían sido niños y alumnos y tuvieron que pasar por nuestras aulas, y quizá ahora mismo podrían estar escuchando nuestras explicaciones y recibiendo nuestra educación a través de nuestros gestos y palabras o de nuestros silencios y omisiones ¿por qué no reaccionábamos ante las noticias de tantas mujeres asesinadas por sus maridos, amantes o ex novios para hacer algo aquí y ahora? Y a medida que avanzábamos en la indagación sobre qué es educar, qué pasa en mi centro y en tu centro, qué se puede hacer con el problema que he tenido en clase, la incertidumbre que me ha provocado la conversación con una madre, el desencuentro con el profesor de Filosofía... en esa misma medida íbamos acercándonos al núcleo del cambio que estábamos buscando sin saberlo. La clave la descubrimos en estos interrogantes: ¿tú has hecho algo para..., por..., cuando...?, ¿y yo, qué puedo hacer?

Así llegamos a la primera conclusión: pararnos, darnos tiempo para pensar sobre nuestra práctica y para aprender de la experiencia que nos dice que sólo puedo llegar a cambiar violencia por convivencia a través de llevar a la práctica lo que está en mis manos. Y eso sólo yo puedo cambiarlo, nadie puede hacerlo por mí. Así es como han hecho y hacen las madres, nuestras primeras maestras, que nos han hecho viables a todos y a todas, pero no en general, sino atendiendo a la singularidad de cada hija o hijo, a su tiempo, sin medirlo ni lamentarlo como tiempo perdido si no obtenían resultados inmediatos, sino confiando amorosamente en las capacidades que cada criatura humana tiene, hasta conseguir que aprendiéramos a hablar. Y así, con la lengua materna nuestras madres nos han dado la capacidad de nombrar, de entendernos y relacionarnos y de seguir aprendiendo cada cual según sus capacidades, deseos e intereses. Sin embargo, es habitual que cuando crecemos en edad y en conocimientos, sobre todo cuando accedemos al saber académico y universitario, olvidemos el magisterio de nuestras madres y dejemos de reconocer su autoría, la autoridad de la lengua materna, porque nos parece que ella ya no tiene nada que decirnos en este ámbito de saber académico en que nos movemos. Al perder el origen, quedamos en la orfandad (Muraro, 1994) y nos movemos inconscientemente en el desorden y en la desorientación, mientras buscamos otros orígenes, otras autoridades y hablamos con naturalidad de la madre naturaleza, la madre patria, la madre iglesia sin ser conscientes de la usurpación. La catedrática María Milagros Rivera Garretas (1996: 15) nos recuerda que: *«Reconocer la autoridad de la madre consiste en tener presente en la contratación entre mí y mí la estructura simbólica que la relación infantil y*

*adolescente con ella ha creado en mi interior, porque si la madre no es nuestra maestra, si no le reconozco autoridad por seguir conmigo en mi configuración profunda, en vez de solo porque viene antes que yo, la genealogía femenina se trunca al nacer, generación tras generación y esta ruptura debilita la memoria y la eficacia de la potencia significativa del cuerpo de cada mujer». Cuerpo y palabra son los dones de la madre con los que cada maestra, profesor, catedrática o maestro de taller estamos presentes día a día en el aula haciendo realidad esa relación creadora que necesariamente se da en todo acto educativo. Pues como dice María Zambrano (2002: 109): «La vocación de maestro es la vocación entre todas la más indispensable, la más próxima al autor de una vida, pues que le conduce a su realización plena».*

Como hemos dicho anteriormente se está produciendo un cambio, una nueva civilización que ha hecho visible este orden simbólico de la madre, orden amoroso y relacional. En la educación también. La escuela, que tradicionalmente ha sido y, en la actualidad también es un lugar de trabajo más de mujeres que de hombres, gracias a esta presencia femenina, es un lugar de relaciones, de intercambio de cultura y de civilización. Es una evidencia que las niñas y los niños van contentos cada día a las clases y las alumnas y alumnos de educación secundaria también. Por eso, aunque se habla con mucha frecuencia de la violencia en la escuela —especialmente en los medios de comunicación, que se llaman a sí mismos la opinión pública—, yo vivo cada día y constato que la escuela no es un espacio de violencia, sino un espacio de relaciones. Cuando hablamos de relaciones, no nos referimos a un enamoramiento, ni a un idilio de chicos y chicas de instituto. Es algo más profundo y más duradero, es el centro de la educación y como tal es una relación que se sustenta en el deseo, en la conjunción de deseos de quien enseña y quien aprende y se mantiene con el amor y la medida que cada día renovamos con nuestra presencia en el aula. La escuela es un espacio privilegiado de relación y de intercambio intergeneracional y nos atrevemos a decir que casi es el único espacio de tantas horas seguidas de diálogo en medio de una sociedad que no parece encontrar más medios de construcción y de civilización que la imposición y la fuerza. Incluso los espacios de ocio juvenil, como los campos de fútbol o las discotecas, en vez de ser lugares de diversión, de diálogo y de relaciones, parecen más bien un entrenamiento para la guerra, donde lo más interesante es el consumo y las peleas, a veces, hasta la muerte. La prensa diaria dedica bastantes páginas a las guerras, a los asesinatos de mujeres, una cada semana a manos de su pareja, o a los destrozos e incluso muertes que se producen en algún campo de fútbol, o en alguna discoteca. Algo está sucediendo para que nos hayamos acostumbrado a convivir, por no decir a mantener, tanta barbarie que asimilamos como natural, y a pesar de tanta información nada nos conmueve hasta el punto de decidirnos a hacer algo, algo distinto, más humano y más civilizado. La escuela se convierte en noticia sólo cuando sucede algo sensacional, fuera de lo cotidiano —un alumno agrede a su maestra, unas chicas se pelean a la salida del instituto...— pero rara vez se escribe de la rutina diaria, de esas cuarenta y cinco horas semanales en las que profesorado y alumnado convivimos pacíficamente durante los nueve meses del año escolar. Porque la realidad de los centros educativos es ésta, lo otro es un suceso raro.

Sin embargo, tendremos que reconocer que en los centros educativos, que son parte de nuestra sociedad, también hay conflictos y a veces conflictos graves, que intentamos resolver desde el diálogo y, a nuestro entender, estamos haciéndolo bastante bien. Pero esto no significa que haya una indisciplina y violencia generalizadas. Nos parece que especialmente se trata de un problema que afecta a los chicos, a las relaciones entre los chicos y su identidad masculina. No se encuentran cómodos con los modelos existentes y tampoco encuentran alternativas válidas entre sus semejantes. Unas veces envidian a las chicas, pero no quieren imitarlas porque tienen miedo a feminizarse. Otras veces, miran a sus padres y tampoco les gustan los modelos estereotipados de conquistadores, de seres superiores, de ejercicio de la fuerza. Están perplejos e incómodos con todo, no se entienden, no saben moverse sin llamar la atención, pero a pesar de todo vienen a clase, aunque casi siempre les ronda la ensoñación del dinero, pues en el mundo del padre el dinero es casi el único valor, por eso dicen que no les gusta estudiar, que no quieren estudiar y que quieren trabajar. Pero no es trabajar lo que quieren de verdad, sino ganar dinero, gastarlo y consumir. Quizá, de fondo lo que sucede es que no quieren crecer para no acceder a una diferencia masculina adulta que no aceptan, que rechazan, e incapaces de entrever o buscar algo nuevo, divagan en una difícil e interminable adolescencia.

Y también hay problemas, algunos de difícil solución si falta la mediación de la familia y de otras instituciones sociales; y otros cuya solución no está en nuestras manos, porque excede el ámbito de responsabilidad de profesores y profesoras, aunque no por ello dejamos de estar ahí, porque como dice Anna María Piussi (2002: 50), «donde la sociedad ve carencias nosotros leemos deseos», y por eso acudimos cada día a la cita de cientos de alumnas y alumnos que nos esperan en nuestra aula. Y por eso nos sorprendemos de lo que va sucediendo cada curso escolar en ellos y en ellas a quienes vemos llegar, estar, interrogarse e interrogarnos y marchar con una sabiduría que les servirá para la vida y para ser competentes en su trabajo. Las profesoras y profesores pocas veces podemos disfrutar de esta realidad, pues cada año otras generaciones de jóvenes vuelven a ocupar nuestro tiempo y nuestra atención, pero sabemos que nuestro trabajo ha quedado ahí, ahí dentro de cada chico o chica que sigue su camino fuera de nuestras aulas. Sabemos que así continuamos la obra de la madre y lo hacemos con su misma elegancia, sin reclamar méritos añadidos, ni monumentos de héroes. Parece una cosa normal, algo natural, que acaece porque sí, porque tiene que ser así, pero es casi un milagro ante el que nadie se asombra.

Una dificultad de los tiempos de cambio es la mirada. La mirada se queda vieja y al no encontrar las formas a las que estaba habituada no ve más que desastres y desorden, y no es capaz de ver las formas nuevas y las respuestas válidas que están en circulación (Librería de Mujeres de Milán, 1996). Hay cambios que se hacen destruyendo y otros dando vida. Los primeros son más evidentes, hacen más ruido y se difunden rápidamente, lo que nos hace parecer, si no nos paramos a reflexionar, que son casi los únicos cambios que se están produciendo. Suelen ser noticias de primera plana y se reseñan como acontecimientos históricos, pero casi nunca son cambios significativos para la vida personal y de las colectividad-

des. Los cambios dadores de vida suelen ser silenciosos, casi invisibles porque nos parecen naturales y nunca son noticiables, producen luz, pero no deslumbran, ni oprimen, siempre crean y hacen crecer. La filósofa italiana Luisa Muraro (2001) dice, hablando del feminismo, que «*los grandes acontecimientos: son los que casi no ocupan tiempo al transcurrir pero luego lo llenan de sí*». Los cambios educativos son creadores de vida y son apreciables, no mientras suceden, sino mucho después. No llegan por sí solos, hay que preparar su llegada. Y en ello estamos. Pero no se puede apresar en un número, en un dato estadístico los cambios que se producen cada día en un aula. Estar en el aula con autoridad, y no con poder sancionador, es una tarea creadora que requiere reconocer autoridad femenina, reconocer que nuestra madre fue también nuestra primera maestra y que gracias a ella hemos podido aprender todo lo demás y podemos seguir aprendiendo. Cuando circula autoridad femenina, se desplaza la queja y pierde sentido el nihilismo, el individualismo y el progresismo (Rivera, 2001: 17) y se le abre sitio al conservar al lado del transformar, al escuchar al lado del proponer, al dejarse dar al lado del dar activo.

También nosotros estábamos y estamos necesitados de este cambio de mirada para leer la realidad que cambia y ver desde el orden simbólico de la madre lo que está sucediendo en nuestras aulas cada día. Porque se producen tantos cambios que a veces ni tiempo nos damos para reconocerlos y celebrarlos. A fuerza de buscar lo mejor, de intentar que sepan más y estudien mejor no vemos lo que están progresando cada día, los cambios invisibles que estallan a veces en una admiración (¡ah ya lo he aprendido!), o en un silencio creador. Nos empeñamos en ver lo negativo, lo que falta y acudimos a los reproches o sanciones, y escatimamos las felicitaciones, las alabanzas y los triunfos que mutuamente hemos alcanzado. La obra de las madres de cualquier lugar del planeta que están creando y manteniendo la vida, que civilizan día a día tampoco es noticia para nadie ni nos conmueve, porque lo consideramos una cosa natural, algo que existe porque sí. Sin embargo, tiene autoras y gracias a ellas el mundo continúa y es cada día un poco más humano. La educación, ejercida por hombres o por mujeres, es siempre de origen femenino, porque está mediada por las palabras de una lengua materna. Reconocer la obra de las madres, de nuestra madre, que además del cuerpo nos ha dado la palabra, la lengua materna, es abrir paso a un nuevo orden simbólico, el orden amoroso de la madre, que ha desplazado al poder del patriarcado y ha inaugurado esta nueva civilización.

Por ello, al término de la primera fase, y después de valorar las conclusiones a las que habíamos llegado y de descubrir que el centro de todo acto educativo era la relación maestra o maestro-alumna o alumno, nos pareció importante favorecer las relaciones aprendiendo de las mujeres. Aprendimos de otras profesoras cómo se podía mejorar el seguimiento del trabajo de los alumnos conflictivos y la marcha de las clases para favorecer la convivencia en el aula sin necesidad de acudir siempre a las sanciones. Descubrimos también que había prácticas creativas y adecuadas para reflexionar en común sobre el racismo y los conflictos que surgen en las relaciones entre alumnos y alumnas de distintas culturas. Por ejemplo la Directora de un centro, ante los malos tratos que recibía un alum-

no guineano por parte de sus propios compañeros, en uno de los grupos de 3º de ESO, quiso intervenir directamente y parar una violencia que crecía cada día y que se manifestaba como una broma de compañeros. Para ello escribió la carta que se adjunta más abajo, simulando que estaba escrita por un compañero de su misma clase con quien no se habían portado bien, que había querido escribirles después de pasados diez años. Les pidió que se quedasen una hora más de su horario lectivo y durante ese tiempo les repartió la carta pidiendo que la contestaran. Lo hicieron escribiendo libremente lo que pensaban. No sabían que les iba a pedir que se la llevaran a casa, lo comentaran con su madre y su padre y la trajeran firmada al día siguiente. Según iban terminando les indicaba que salieran y entregaran la carta en conserjería. La conserja tenía orden de hacer una fotocopia de la respuesta, entregarles su original junto con una carta que la directora había escrito para las familias. Muchas familias se sorprendieron de las actitudes racistas y xenófobas de sus hijos. Hubo algún profesor que le dijo a la Directora que era como una madre, y aunque no lo decía en el sentido de alabar su labor, sin embargo, ella lo recibió como un piropo, porque el hacer como las madres le pareció la mejor medida de calidad y el mayor reconocimiento de su educación. La propuesta dio un buen resultado y el alumno es hoy un ciudadano español que trabaja en una ebanistería.

#### Carta abierta a mis compañeros y a algunas compañeras de clase

Parece que fue ayer cuando estábamos sentados en la misma clase del Instituto. Recuerdo los nombres de casi todos: Pablo, Sergio, Marco, Santi, María, Alejandro, Elena, Luis, Javier ... Pero recuerdo sobre todo las burlas diarias de cada uno de vosotros por mi forma de hablar, las risas por mis preguntas, los chistes, bromas e insultos por el color de mi piel. Recuerdo las peleas, lo difícil que me resultaba todo: en casa, en la calle, en clase, en el patio, al salir y al entrar en clase, siempre y así todos los días. Había días que me odiaba por ser negro, otros sólo deseaba vengarme porque siempre os vi como enemigos, no como compañeros. Nunca pude hablar con nadie, ni confiar en ninguno, ni tener un amigo.

Ahora, con mis 24 años, desde mi país a donde he vuelto a trabajar con mi gente, me gusta escribiros esta carta para decir lo que entonces no pude o supe expresar. Y también, si fuera posible para saber qué pensáis vosotros de aquellos años.

¿Por qué os molestaba tanto la diferencia de mi color? ¿Por qué no pude ejercer mi derecho de poder aprender desde mi situación de diferente: diferente país, diferente cultura, diferente color, diferentes costumbres? ¿Por qué no pude relacionarme con vosotros y vosotras de otra manera que no fuera con insultos, golpes, agresiones a mi persona y a mis cosas? ¿Por qué nadie se acercó a mí para preguntarme, con respeto, sobre la vida en mi país, sobre las costumbres de mi familia, o sobre mis sentimientos entre vosotros donde me he encontrado siempre como un extraño, un ajeno, un marginado?

Vosotros no podíais ni siquiera imaginar lo que ha supuesto para mí olvidar y casi odiar mi infancia y partir de cero para aprender todo nuevo y así llegar algún día a ser igual a vosotros. Cómo vais a imaginarlo si vosotros lo tenéis todo muy fácil: tenéis una casa desde siempre, comida abundante cada día, una madre o un padre con quien podéis hablar de vuestra familia, de vuestro pueblo, un barrio que era el vuestro y unos amigos que lo eran desde pequeños. Y un instituto donde se enseñan las mismas cosas que aprendieron vuestros padres, vuestra cultura.



Os perdono las peleas y los insultos, pero no puedo perdonaros las posibilidades que me negasteis para aprender, para tener amigos, para vivir en paz entre vosotros, para guardar algún recuerdo agradable de aquellos años. Mientras escribo esta carta se me hace un nudo en la garganta cuando me veo camino de mi casa, a la que no me gustaba ir porque era pequeña y triste —¡nada que ver con la alegría, la luz y el sol de mi país!—, queriendo huir hacia ningún lado, o queriendo gritar sin que nadie me oyera, o llorar sin que nadie me viera y pensando que mañana regresaría a clase para vengarme, para defenderme... nunca para encontrarme con amigos o amigas.

Sé que es imposible, pero me gustaría tener una respuesta vuestra. Saber por qué os portasteis así conmigo, si ahora estáis arrepentidos y sobre todo oír cómo os habría gustado que hubieran sido aquellos años de la secundaria. Aunque ya no podremos repetirlo.

Un saludo.

Joaquín

Otra experiencia interesante nos llegó de una profesora de Historia que impartía clase en el Programa de Diversificación como profesora del Ámbito Lingüístico y Social. Tiene la costumbre de llevar un diario colectivo en la clase, donde los alumnos y alumnas van escribiendo cada día siguiendo el orden alfabético de lista. No firman sus escritos, a veces sí lo hacen, como les parezca mejor. La profesora también escribe de vez en cuando. Algún fin de semana pide que le entreguen el cuaderno y ella lee lo que hay y responde con otro escrito general o incluso personalizado, nombrando a cada cual. De esta manera descubrió un problema latente en la clase, en relación con una alumna que llegada de una ciudad de Colombia se había incorporado a clase con el curso empezado y extrañaba casi todo, aunque entendía perfectamente el castellano. Por ejemplo, se sorprendía ante la rudeza de nuestras contestaciones y a veces interpretaba como riña o enfado lo que era una sencilla pregunta o respuesta. Sin que existiera mala intención por parte de nadie las relaciones estaban tensas, ni una ni otros y otras sabían bien cómo mejorar aquella situación. La chica, al final abandonó el instituto. A la profesora se le ocurrió copiar unos trozos escritos por la alumna en el cuaderno de diario a lo largo del trimestre, añadir una reflexión de ella y pedir una contestación individual para entender lo que había pasado.

### Diario de Clase

7 de febrero de 2002

Gentecilla espero que lo estén pasando muy bien esta semana en clase, pues a pesar de que soy nueva en la clase me he sentido muy bien; claro que no todas las veces, porque en algunas clases me siento muy sola y por eso algunas veces estoy muy triste; quisiera que todos me hablaran más porque en realidad son muy serios conmigo, pero también quiero que alguna cosa que no entienda, ellos que saben más me lo explicara. ¡Aspiro a que pronto me hablarán más!

Nos volveremos a ver en otra ocasión. ¡Hasta pronto!

Att. Mildred C.

20 de febrero de 2002

¡Hola!

Espero que se encuentren bien todos por igual, pues ahora me he estado sintiendo un poco más integrada; espero que siga siendo así. No sé por qué hay veces que ¡me siento tan mal en el grupo!. Pero bueno seguiré adelante con mi propósito, solo quiero ambientarme más.

Att. Mildred

5 de Marzo de 2002

Hola...

Como ya sabéis soy una más como les había dicho la otra vez, pues en realidad no es que esté muy contenta, porque de verdad no me entero de nada. Con María, en la clase para mí es un infierno y más cuando hay bloque porque me hace unas preguntas que hay veces que me entero pero otras no. Como pueden ver me pregunta algunas cosas y no respondo porque no tengo la más mínima idea, o porque de pronto digo una tontada y se ponen a reír.

¡De verdad sólo quiero que me apoyen!

Att. Mildred

En el Diario de clase ya no aparecen más escritos de Mildred. No llegó a terminar el curso. Se fue. Hacía un año que había venido de Colombia y le resultaba demasiado difícil entendernos y hacerse entender. Nos oía hablar pero no entendía lo que decíamos. Se desconcertaba con nuestra manera de hablar, la rapidez, la brusquedad, el tono fuerte. No sabía interpretar nuestros gestos: la risa, las caras serias, la falta de palabra para con ella... Se marchó y no hicimos nada por retenerla. ¿Quizá nos molestaba su diferencia? *(Este texto fue escrito por la profesora quien le había pedido que entrara en Diversificación Curricular porque iba a ser mejor para ella y se iba a encontrar a gusto).*

Ahora escribe tu respuesta a estas cuestiones:

¿Qué habrías hecho tú si fueras compañera o compañero de clase?

¿Qué le dirías o harías ahora, cuando ya han pasado los meses y no volverá a venir a clase?

Por último, piensa que quien ha escrito esto eres tú ¿Qué esperas de tus compañeros y compañeras de clase después de cada una de las páginas del diario?

En relación con la violencia contra las mujeres, la jefa del Departamento de Orientación de uno de los centros nos hizo el regalo del relato siguiente:

Apreciamos que circulaba algo muy sutil, aceptado por alumnos y profesores como algo «normal» y soportado también por las chicas y profesoras no como algo normal sino como algo irremediable, contra lo que nada se podía hacer. Nos parecía sorprendente, o quizá sea más adecuado decir terrible, que conociendo y leyendo las noticias que nos dan cuenta de la muerte de mujeres a manos de su pareja —al menos una cada semana hasta llegar a las 64 mujeres asesinadas desde abril del 2003 a marzo

de 2004— y de que en las calles de Madrid se está produciendo una violación cada 16 horas<sup>5</sup>, no hubiéramos reaccionado diciendo que debíamos hacer algo, que al menos debíamos pensar en ello. Sin embargo, lo leíamos, lo escuchábamos como algo que nos era ajeno, como un hecho que nada tiene que ver con la educación, ni con lo que está pasando en las aulas, como si los violadores y maltratadores no hubieran sido un día alumnos y no hubieran estado sentados en los mismos pupitres que ahora ocupan otros alumnos tan normales como los de antes. Comenzamos a reaccionar cuando, en las sesiones de evaluación inicial escuché, por ejemplo, que una alumna de 2º de ESO no había podido ser evaluada en la clase de música porque los alumnos no permitían que se moviera libremente en clase al ritmo solicitado por la profesora, sin ser molestada con ovaciones, o acosada con insinuaciones y palabras de mal gusto; y eso a pesar de que la profesora estaba presente y rogaba que dejaran que la clase pudiera discurrir con normalidad. Al final optó por evaluarla en privado. El relato de este, y otros hechos parecidos, en las juntas de evaluación inicial me llevó a pensar y expresar que lo que se hace en presencia de las profesoras y profesores y queda en el silencio, es decir, no recibe ninguna palabra de desaprobación, o de aprobación en otros casos, va quedando en el imaginario de los alumnos y alumnas como conductas apropiadas, normales, algo que es así y que a unas les toca sufrir, o deben aprender a recibir como naturales, porque los otros también son así. A partir de esta reflexión me propuse trabajar la prevención de la violencia contra las chicas en el aula, especialmente en el espacio privilegiado de relaciones que son las tutorías. Pero ¿qué podíamos hacer? ¿Por dónde empezábamos? A través de una profesora de la Universidad de Barcelona, a quien pedí consejo sobre cómo empezar a trabajar en el aula la prevención de la violencia contra las mujeres, supe que Drac Màgic ([www.dracmagic.com](http://www.dracmagic.com), 1970) tenía un vídeo llamado Macho que ella utilizaba en sus clases. Es un vídeo realizado por una mujer que recoge las vivencias y testimonios de un grupo de hombres de Nicaragua que se han propuesto erradicar la violencia de ellos mismos. En una de las reuniones con las tutoras y tutores de 4º de ESO se nos hizo evidente que los maltratadores que hoy están asesinando a una mujer cada semana, antes, algún día habían pasado por nuestras aulas y ahora mismo también estarían sentados ahí aunque nunca nos había preocupado ni se nos había ocurrido que como educadoras y educadores tuviéramos que hacer nada. Es más, de repente vimos que, como profesores y profesoras, lo que hagamos o dejemos de hacer permanece en la mente de nuestras alumnas y alumnos, más allá de los años de clase y puede llegar a ser una norma de conducta. De ahí la importancia de no dejar en el silencio ninguna de las actuaciones que las dejamos pasar como si no las hubiéramos visto. Nos sorprendimos como asimiladores pasivos de noticias terribles y cercanas que nos daban cuenta, casi como una rutina, de la muerte de mujeres a manos de su pareja, incapaces de reaccionar diciéndonos que debíamos hacer algo o que al menos debíamos pensar en ello. Así fue como dejamos de considerarlo algo ajeno que nada tiene que ver con la educación, ni con lo que está pasando en las aulas y empezamos a hacer visibles prácticas que nos parecían más o menos normales, o que las manteníamos en el silencio. No es suficiente decir que la violencia no es buena. Pensamos que es necesario hacer un reconocimiento de auto-

<sup>5</sup> Ver «La capital registró una agresión sexual cada 16 horas durante el año 2003, El País 13 de febrero de 2004. Jaime Prats: *El 30% de las mujeres asesinadas por su pareja había presentado denuncia*, EL País viernes 16 de abril de 2004; Antonio Fraguas: *España registró más de 50.000 denuncias por malos tratos a mujeres en 2003. Los casos de violencia doméstica aumentaron un 16% respecto al año anterior*. El País 6 de febrero de 2004. Charo Nogueira: *39 víctimas de violencia doméstica obtienen cada día la orden de protección. El poder judicial alerta del «gran aumento» de las muertes en el ámbito familiar en 2003*. EL País 11 de febrero de 2004.

ridad femenina, reconocer la autoridad de la madre que es la que nos ha enseñado a dar un beso al adversario. Reconocer la autoridad de la madre lleva a descubrir que no hay fórmulas de convivencia con valor universal. Debemos aprender de las mujeres, valorar lo que hacen las mujeres, dar autoridad a la primera maestra, nuestras madres, que nos han enseñado a convivir sin destruir y sin matar. Cada chica, cada niño, cada centro vive una realidad concreta que hay que interpretar en cada momento para restablecer las relaciones de confianza que nos ayudan a crecer. El arte de las madres es el arte de la civilización, de la viabilidad de cada criatura humana que viene al mundo y que aprende a estar en el mundo con amor.

Estas y otras experiencias nos empujaron a hacer un reconocimiento de lo que se está haciendo en algunos centros desde la diferencia sexual para prevenir la violencia y así hacerlo público, ponerlo a circular. De esta manera, además de elaborar teoría educativa desde la práctica, favorecemos un saber vinculado a la vida, o sea, una sabiduría que se va transmitiendo con recetas de relación, como han hecho nuestras madres. Así comenzamos la etapa de experimentación.